

8. Dende a perversión xa citada, en opinión de Diana Taylor del Dartmouth Collage (na revista *Estreno*, da Universidade de Cincinnati), ata a pedantería ou a cursilería que denunciou un crítico en *La Vanguardia* de Barcelona.
9. SAGARRA, J. de: *El País*, (11 de abril de 1985)
10. SHELLEY, M.W.: *Frankenstein*, ed. M. Serrat Crespo, 1^a ed., Barcelona, Mateu, 1971.
11. LAUTRÉAMONT: *Los Cantos de Maldoror*, op. cit.
12. *Ibidem*, p. 53.
13. SERRAT CRESPO, M: *Autopsia 69*, Barcelona, Picazo, 1969.
14. SERRAT CRESPO, M: «Tango», en *Autopsia 69*, op. cit., p. 165-191.
15. SERRAT CRESPO, M: «De la poesía secreta», en *Diàlegs sense fronteras*, op.cit., p. 74.
16. LAUTRÉAMONT: *Los Cantos de Maldoror*, op. cit, p. 56.
17. GALEANO, E.: *Días y noches de amor y de guerra*, Madrid, Alianza, 1998.
18. LAUTRÉAMONT: *Los Cantos de Maldoror*, *ibidem*.
19. SERRAT CRESPO, M.: *Anna o la venganza*, op. cit., p. 28.
20. SERRAT CRESPO, M.: *Sendas del té*, Barcelona, Ketres Editora, 1986, p. 118-120.
21. TARGARONA, M. del M.: «Sobre Anna o la venganza: notas y recuerdos de un montaje», en SERRAT CRESPO, M.: *Anna o la venganza*, op. cit., p. 12.

APOSTILLAS A UN (RIDÍCULO) CONGRESO

Manuel Serrat Crespo

ARTICLE PUBLICAT A *EL NOTICIERO UNIVERSAL*, EL 15 DE JUNY DE 1985

Por fin lo han clausurado y, pronto, el enorme escenario ciudadano quedará libre de oropeles grandilocuentes, de hinchadas (inútiles) palabras y de mentiras. Por fin, hoy, lo han clausurado y las barrigas institucionales habrán logrado su objetivo: erigir una enorme falla de cartón-piedra (qué bonito, qué bonito!), pegarle fuego al estruendo de una traca y, luego, tumbarse a dormir la mona de su incompetencia sobre las cenizas, frías ya, del teatro que —dicen— habrá celebrado en Barcelona un congreso internacional.

Pero la realidad es implacable y se ha encargado de recordar a los olvidadizos que los fastos de este congreso, además de ser un imperdonable insulto a toda la profesión (que esa es otra), han servido de cardenalicio *gori-gori* para el entierro de una nueva sala teatral: mientras, entre azafatas de uniforme (qué bonito, qué bonito!) y coches de la organización con chófer incorporado, los nuevos jerifaltes se montaban su particular orgía, el Teatro Victoria ha cerrado sus puertas, el Teatro Barcelona sigue inutilizable, el Teatro Ars cumple su sexto o séptimo mes de enfantasmamiento y la mayoría de nuestros actores (esos que son realmente el teatro) se ven obligados a trabajar a cambio de una miseria (no hay presupuesto, claro) para poner en pie unos espectáculos que, pese a sus sacrificios y entrega, nacen ya muertos porque la tieta socialista o la mamá convergente lo han decidido así.

Me pregunto ahora (y me respondo afirmativamente) si las elegantes y uniformadas azafatas de congreso habrán cobrado por su trabajo; y me lo pregunto porque —con toda seguridad— la mera nómina de tan encantadoras señoritas habría bastado para pagar el caché de unos actores que aquí —en esta Barcelona acongresada y no en Ouagadougou— tienen que estrecharse, día tras día, el cinturón hasta la asfixia (por obra y gracia de las ridículas limosnas que ha recibido, por ejemplo, el Cicle de Teatre Obert) para poder ofrecer en ífimas condiciones su trabajo, ese trabajo que es el teatro al margen de festejos institucionales, ponencias o figurones. Y recuerdo, a este respecto, el rostro escandalizado por la sorpresa que lucía un congresista y ponente extranjero, acostumbrado a medir bien los gastos de sus espectáculos y, como tantos otros, a montar incluso, martillo en mano, su escenografía si es necesario, mientras me contaba —tras asistir a la conceptual siesta de Albert Vidal— que había sido recibido con la zarabanda del coche, el chófer y la moza uniformada. «Parecía el sueño de un nuevo rico», me dijo; y casi tenía razón: era, sencillamente, el delirio de grandezas de un neoburócrata dispuesto a darse tono, algo tan ridículo como el nuevo rico pero en mucho más imbécil.

Ahora, por fin, lo han clausurado y me parece llegado el momento de lanzar, a voz en grito, ese «*proul!*» hastiado que, según parece, soltó Joan Brossa en el Festival de Sitges, ante un espectáculo que le pareció anodino... y que tanto está dando que hablar. Ahora han clausurado ya el dichoso congreso y Joan de Sagarra no podrá acusarme de estar boicoteando una oportunidad que le parecía de oro (sin advertir, tal vez, que también a él le estaban manipulando). Ha llegado, pues, el momento de gritar *¡basta!* Hemos visto el *Kung Lear* de Bergman y ha sido maravilloso, sí; hemos podido comprobar qué frutos pueden obtenerse del talento y el trabajo cuando, detrás, apoyándolos, potenciándolos, existe una adecuada infraestructura y una coherente política teatral; pero el placer de ver al *Dramaten* nos habrá costado un dinero que hubiera podido emplearse (que hubiera debido emplearse) en la construcción de tal infraestructura (o en poner sus fundamentos por lo menos). Hemos podido disfrutar el montaje de un genio, pero la obra maestra del *Kung Lear* servirá para seguir manteniendo en sus puestos públicos a los incompetentes gestores de nuestra realidad teatral. Tietes o mamás seguirán negándose (¿verdad, señor Sagarra?) a convertir el Barcelona en un teatro municipal (jah, no, eso nunca!), seguirán obsequiándose con batallas o águilas bifrontes de carísimas y horrendas lámparas, seguirán... ¡qué más da!... plantando las petulantes fallas de sus congresos para vivir así una gloriosa semana de cremá que pueda, tal vez, halagarles el ego o asegurarles la prebenda de unos votos. Ahora

comenzará a desvanecerse el humo, se irá apagando el olor a pólvora y el Barcelona continuará cerrado (no hay presupuesto, claro), enterraremos el Victoria y otros seguirán agonizando. ¡A qué sala le tocará mañana?

Por eso, creo, ha llegado el momento de gritar *¡basta!* Basta a ese espectáculo, ya no anodino sino obsceno, que ha sido el Congreso Internacional de Teatro. Que quienes hayan sido responsables de la feliz idea de malgastar casi doscientos millones de pesetas en ese insulto a nuestra miseria escénica sean conducidos (en coche descubierto, con chófer y azafatas de uniforme, ¡no faltaba más!) a una improvisada place de Grève teatral. Basta ya de dislates y cacicadas que convierten en ley del embudo el capricho de unos pocos. Basta de irresponsabilidad consentida y de amiguismo. Basta, otra vez, de ridículas capillitas que, si antaño fueron estúpidas (*¡ay esa cultureta!*), hoy, desde el poder, se han convertido en los delirios de neoburócratas en celo que sorprendieron a mi amigo, el congresual ponente extranjero.

Que esta ridícula farsa que han querido disfrazar de congreso, que este intento (fallido, claro, fallido por provinciano) de utilizar los grandes nombres de la escena internacional como tapadera de la incapacidad para encontrar soluciones, de la falta de voluntad para emprender —con modestia, sin alharacas— acciones efectivas a largo plazo sirva, al menos, de gota postrera (esa que, dicen, hace rebosar el vaso) y lance a la gente del teatro —la palpitante, generosa, enloquecida gente de nuestro teatro y no esos zombis que enarbolan los supuestos méritos de un pasado periclitado, esas momias del museo y otras cátedras— a denunciar la cotidiana estafa de la que están siendo víctimas. Tal vez entonces («si tu estires fort per aquí i jo estiro fort per allà», ¿quién iba a imaginar la perenne frescura de ciertas canciones?) caigan las polvorrientas estacas que pretenden —como siempre— ahogarles desde los altares del poder y los despachos de la(s) administración(es), mientras, además, les toman el pelo gastándose doscientos millones (no hay presupuesto, claro) en el sarao de un ridículo congreso.

* * *

Grotowski no ha venido (las hormonas, dicen), Bergman se excusó (el trabajo, por supuesto), Lecoq hizo cuatro monadas para entretenér a la chiquillería y Bob Wilson (Sagarra dixit) nos contó su fascinante vida.

Y (siguen diciendo) los responsables del prohibitivo desaguisado, del insulto, de la incalificable tropelía aseguran, a quienes quieren escucharles que «Collonut, tu; tot collonut!»
¡Oh mierda, mierda!